

¿Universidad-ciudad o ciudad-universidad?

¿University-city or city-university?

Antonio José Monagas

antoniomonagas@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0003-0847-5975>

Teléfono: + 58 416-674 -1310

Universidad de Los Andes

Facultad de Ciencias Económicas y Sociales

Escuela de Economía

Mérida edo. Mérida

República Bolivariana de Venezuela



Recepción/Received: 27/05/2026

Arbitraje/Sent to peers: 29/05/2026

Aprobación/Approved: 17/06/2026

Publicado/Published: 31/07/2026

RESUMEN

Entrado el siglo XX, la universidad venezolana fue objeto de cuestionamientos que dejaban ver los problemas que el tiempo fue marcando en su historia. La Universidad de Los Andes, en Mérida-Venezuela, no escapó de consideraciones que contemplaban los vacíos académicos que fueron marcando las brechas que le profesaban. Sobre todo, el vulgo que veía a la Universidad alejada del rigor que muchos de ella presumían. No obstante, algunas consideraciones referían si la institución, dada su historia, calificaba como Universidad-Ciudad o Ciudad-Universidad. En virtud de tan interesante discusión, esta disertación busca -en lo posible- darle luces a tan bulliciosa contrariedad, valiéndose de ciertas apreciaciones o contemplaciones que con los años fueron adquiriendo notoriedad y sentando seriedad a dicho respecto. Y es lo que plasman las líneas que, a continuación, se desarrollan.

Palabras claves: Universidad, historia universitaria, merideñidad, acervo, desarrollo regional, progreso, crecimiento, cultura social, América Latina, Mérida, arraigo cultural, Consejo Universitario.

ABSTRACT

As the 20th century began, the Venezuelan university was subject to questioning that revealed the problems that time had marked in its history. The University of Los Andes, in Mérida-Venezuela, was not exempt from considerations that contemplated the academic gaps that were marking the gaps that they would say to him. Above all, the common people saw the University as far removed from the rigor that many of its members boasted about. However, some considerations referred to whether the institution, given its history, qualified as a University-City or a City-University. In light of this interesting discussion, this dissertation seeks - as far as possible - to shed light on this noisy contradiction, using certain assessments or considerations that over the years have gained notoriety and established seriousness in this regard. And that is what the following lines reflect.

Keywords: University, university history, merideñidad, heritage, regional development, progress, growth, social culture, Latin America, cultural roots, University Council, Mérida.

PREFACIO A UN CICLO DE HISTORIA UNIVERSITARIA

Luego de la fundación de Mérida, hecho éste acontecido en octubre de 1558, pasaron casi doscientos cincuenta años para que comenzara a irradiarse un hermoso proyecto en el cual se apuntaló no sólo su expansión como ciudad, sino también su desarrollo como entidad regional. Asociado también a la dinámica de dicho proyecto, el tiempo se convirtió en excelso testigo de todo cuanto ello fungió como incentivo de propuestas personales y familiares que devinieron en el mejor impulso que determinó la presencia de una ciudad agraciada por la generosidad y la benevolencia que se exaltó en su gente, como virtud y condición.

Ese proyecto que en un principio fue conocido como Real Universidad de San Buenaventura de Mérida de los Caballeros, instituida por decreto de la Junta Patriótica Conservadora el 21 de septiembre de 1810, comenzó a sumirse entre los valores acogidos por la merideñidad. Y aunque cada época configuraba situaciones históricas diferentes, desde entonces la Universidad siempre motivó el orgullo de extraños y nativos para exhortar las cualidades de la institución en medio de las más agrestes circunstancias. Con los años, cada mensaje incitado por la causa académica era demostrativo del afecto que se engendró alrededor de la vida que sus distintos momentos animaron.

Tan intenso fue el grado de arraigo de los sentimientos que la Universidad despertó en la gente que –desde afuera o desde adentro– la conocía, que el eximio escritor Mariano Picón Salas escribió en el Diario “El Vigilante”, el 31 de marzo de 1955, que la Universidad de Los Andes “es el gran proyecto histórico de Mérida”. Más aún, condicionó tanto el carácter del merideño, para bien de su gentilicio, que por su efecto se sembró un profundo aforismo que, con el devenir de los años, se hizo alma, vida y pensamiento: “Mérida es una Universidad con una ciudad por dentro”.

Hoy, cuando el tiempo dispone el rumbo de la vida hacia la cima de una segunda década del siglo XXI, la Universidad de Los Andes se alza con sus capacidades y potencialidades, entre pesadas desavenencias, para exponer ante el mundo entero su fuerza y vitalidad toda vez que se tiene el empeño de “hacer de esta buena Universidad, una gran Universidad”.

Sobre este particular, no cabe duda en afirmar que la Universidad de Los Andes luce diferente debido a distintas razones. Primeramente, porque Mérida, la ciudad que la albergó desde sus inicios, somatizó su crecimiento y, por tanto, llegó a construirse al paso que la Universidad fue consolidándose organizacional e institucionalmente. Segundo, porque la expansión de la Universidad representó para Mérida uno de los factores a partir de los cuales la ciudad fraguó su cultura lo cual hizo que se convirtiera en ciudad estudiantil. Y, en consecuencia, en ciudad universitaria. Tanto que puede decirse, en función de observar diseminada la Universidad a lo largo y ancho de la ciudad, que por doquier se respira aire universitario impregnado de calor de aula, pero también de la fertilidad propia de sus laboratorios. Tercero, porque para los merideños la vida corre en conjugación con la movilidad que le imprime la Universidad de Los Andes a la ciudad.

UNA VISIÓN EN RETROSPECTIVA

Este modo de apreciar el mundo desde la particular perspectiva universitaria que sólo puede vivificarse desde las alturas merideñas, hace de dicha realidad una sinonimia entre Mérida y Universidad. Ha sido tal su capacidad de asimilación social, espiritual y culturalmente, que su relación ha alcanzado otras ciudades. Por consiguiente, Trujillo, San Cristóbal, Barinas, Guanare y Valle de

la Pascua se vieron tentadas a emular la reunión entre factores y actores fundamentales de la vida política en provecho del acervo científico, humanístico y tecnológico regional.

Por tan trascendental razón, la Universidad extendió sus brazos para cobijar sentimientos y esperanzas de quienes han buscado situarse en el plano universitario para otear posibilidades reales de coadyuvar al desarrollo regional y nacional. Así es y ha sido la Universidad de Mérida, la Universidad de Los Andes.

Indiscutiblemente, desde sus inicios esta Universidad ha acuñado un prestigio que le ha valido la capacidad necesaria para asentar un papel ante la comunidad merideña, en la sociedad venezolana e internacional. Supeditada, por supuesto, a los diversos embates políticos y económicos que ha padecido la nación en virtud de las ejecutorias asumidas por las distintas formas de gobierno que han trazado las políticas públicas por las cuales el país ha dirigido sus cursos de acción.

Desde entonces, la Universidad se convirtió en uno de los actores fundamentales de Mérida, al lado de la Iglesia Católica y de la cúpula gubernamental regional por cuanto supo comprender el carácter macro que, como sujeto político-social, debía encarnar a los fines de afrontar los distintos desafíos académicos que el devenir le depararía. Así, la institución universitaria merideña comenzó a conocer los diferentes trayectos que representaba el hecho de arrogarse la responsabilidad de llevar adelante cada decisión que comprometiera su función académica.

De ser una incipiente Casa de Estudios con “(...) la facultad para conferir todos los grados menores y mayores en Filosofía, Medicina, Derecho Civil y Canónico y en Teología” (Fundación Polar; 1997; p.128), paseándose por la situación vivida de funcionar escasamente “(...) en 1904 con 29 profesores y 95 estudiantes” (Ibíd; p.129), logró desarrollarse institucional y académicamente al punto que, para principios del siglo XXI, su crecimiento le permite mostrarse entre las universidades más consolidadas de América Latina.

A lo largo de su existencia, la Universidad de Los Andes vino enraizándose no sólo mediante el apego a importantes tradiciones y costumbres locales y regionales por lo que su personalidad académica bien supo reflejar los sentimientos más recónditos del merideño. También, a través del significado que han regido las distintas tendencias sociales, políticas y económicas, regionales y nacionales, lo cual le ha valido posibilidades de interpretarlo desde la fuente del proceso enseñanza-aprendizaje para traducirlo así en razones para la acción orientadora que ha emprendido ante la sociedad venezolana.

El dictado en el imaginario colectivo de que Mérida es “(...) una Universidad con una ciudad por dentro”, se hizo pensamiento y corazón luego de haberse comprendido el grado de insondable compenetración que se ha intentado establecer entre ambas realidades. Y en efecto, el determinante histórico de Mérida ha sido, indiscutiblemente, su Universidad. Pero, además, ha sido el pivote desde donde se ha impulsado su agrandamiento y el escenario en el cual han ensayado importantes propuestas que le han permitido su reconocimiento como ciudad potenciada por una naturaleza envidiable e incomparable. Pero al mismo tiempo debe aducirse que la Universidad ha vivido momentos críticos. Entre otros, deberá admitirse que en el paroxismo político del siglo XX fue envuelta y sacudida por las crisis de entonces que luego vinieron a convulsionar las instituciones nacionales toda vez que América Latina no supo responder de forma efectiva a los efectos de las vorágines económica y política que se propagaron.

LA UNIVERSIDAD QUE ENVOLVIÓ A UNA CIUDAD

La idea de que “Mérida es una Universidad con una ciudad por dentro”, igualmente le ha valido razones a su gente para magnificar la relación entre Mérida y su Universidad en virtud de ciertas situaciones que revelan la imbricación que pudiera establecerse entre ambas realidades. No obstante, a decir por algunas vocerías, las cosas no suceden exactamente de esa forma. Es decir, muchas veces, la Universidad ni reconoce a Mérida y por yuxtaposición, la ciudad tampoco considera a su Universidad lo cual, históricamente, puede explicarse. De hecho, hay quienes aseguran que Mérida sin la Universidad se hubiese consolidado a partir de otras áreas de desarrollo que, de alguna manera, habrían fungido como focos de atracción a diversos factores de la economía. Habida cuenta que Mérida, por naturaleza, está situada en una zona caracterizada por un vasto potencial agrícola y turístico, generadora de condiciones estéticas, lo cual sobrepasa la oferta de otras regiones del país con similitud de condiciones.

En el plano de esas realidades que desde los años 70 no sólo se manifestaron como el agotamiento del modelo de desarrollo, sino además como:

(...) una crisis del tipo de dominación, tanto como del tipo de dominación vigente” (De la Cruz; 1998; p.15), sucumbió la Universidad venezolana. Por supuesto, arrastrada por la inercia sociopolítica de entonces. Además que no pudo recuperarse, al extremo que Ernesto Mayz Vallenilla, escribía sobre el “Ocaso de las Universidades” a manera de hacer ver que ni siquiera “es la organización ni su correspondiente funcionamiento administrativo el peor de los defectos que exhibe nuestro mal llamado Sistema de Educación Superior, sino que también es la anacrónica inflexibilidad y rigidez que de ello se origina para el diseño de los planes de estudio que integran sus carreras con la consiguiente carencia de oportunidades que confrontan los jóvenes. (Aut. cit.; 1984; p.17)

La ofuscación vivida por quienes han confundido la política universitaria con la micro-política o política de circunstancias o coyunturas, siguió repercutiendo indefectiblemente en la posibilidad de construir escenarios universitarios en los cuales la pretendida “búsqueda de la verdad” adquiriera su verdadero sentido y dimensión. Pero aludir dudas sobre si, en verdad, Mérida es una Universidad con una ciudad por dentro, indiscutiblemente pasa por distintos niveles de discusión. No obstante, uno de ellos se refiere a todos aquellos procesos que comprometen la extensión universitaria en función de su importancia y trascendencia.

Por consiguiente, mientras que su concepción siga viéndose sesgada por visiones mezquinas, la Universidad dejará de interpretar el clamor de la ciudad para convertirlo en parte de ella mediante acciones que respondan al llamado de la merideñidad y a su idiosincrasia. Desconocer la necesidad de emprender propuestas dirigidas a exaltar sus capacidades de cara a las necesidades inmediatas locales y regionales, intra e interinstitucionales, es alentar una Universidad que, al aislarse de una ciudad cuyo entusiasmo le permita emprender propósitos que dignifiquen su gente y exhorten sus tradiciones y costumbres, podría profundizar fracturas acumuladas y brechas potenciales que retrasarían la consecución de objetivos de largo aliento sobre los cuales se depara el futuro de la institución académica.

ANTE UNA ENTRAÑABLE VINCULACIÓN

En virtud de la situación sobre la cual se cimienta la funcionalidad académica merideña, debe admitirse que la relación ciudad-universidad precede y preside la condición histórica y cultural que caracteriza a Mérida por encima de cualquier otra ciudad de Venezuela. Incluso, de América Latina. Desde luego, esta condición, en algunos momentos, se ha visto dificultada por causa de recurrentes

agresiones político-económicas que han afectado posturas y, por tanto, degradado comportamientos cuyos resultados han incidido en descompensar el nivel de concienciación que, ante valores y principios universitarios, se han tenido como razones de lucha social y reivindicación institucional.

Sin embargo, actualmente, ha renacido esa necesidad de fundamentar la Universidad de Los Andes como institución integradora de visiones capaces de proyectar a Mérida entre las ciudades con mayor arraigo cultural. Pero más aún, con suficiente fuerza cognitiva para hacer trascender sus potencialidades en lo científico, tecnológico y humanístico.

Es así como el Acuerdo del Consejo Universitario de la Universidad del Zulia, hizo una señera exaltación sobre el Sesquicentenario de la fundación de la Universidad de Los Andes. Al respecto refería que

en la transformación económica y moral de Mérida gravita conscientemente su ilustre Universidad que cada vez más ha ido adaptándose a los imperiosos reclamos de la hora. Esa situación es centro de convergencia irradiación de vocaciones puras y formas elevadas del saber. A la sombra de sus prestigiosos claustros, caravanas de estudiantes de todos los puntos cardinales del país han levantado su tienda para beber a grandes sorbos en las fuentes de aquella densa cultura. (Revista de la Universidad del Zulia; En: López Bohórquez; 211; pp.235-236)

Definitivamente, Mérida se hizo ciudad para albergar su Universidad. Sería casi un exabrupto considerar lo contrario, puesto que la ciudad se desarrolló a partir de la presencia e incidencia de la institución universitaria. Indiscutiblemente, esa relación alcanzó tal grado de compenetración e identificación, que por su causa se avivó un hermoso y profundo sentimiento que se patentizó a nivel de calle, de escuelas, de plazas y de cualquier circunstancia que posibilitara toda expresión universitaria como una forma de ilustrar el orgullo de convivir en franca concordancia con la Universidad de Los Andes. Ello, por supuesto, vino configurándose como parte del temperamento merideño.

Desde muchos destinos, la Universidad de Los Andes empezó a manifestarse como la Casa de Estudios Superiores que bien sabía recibir a quienes llegaban a ella con la desnuda finalidad de formarse profesionalmente para entonces integrarse a los procesos de desarrollo económico y social que habrían de reclamar la participación de universitarios cabalmente preparados. Todo ello contribuyó a asentar la imagen de una institución universitaria que fue agrandándose en la medida que las sucesivas generaciones de niños y jóvenes recreaban en sus sueños la idea de convertirse en los científicos, humanistas, tecnólogos y artistas que la Universidad era capaz de inducir a través del trabajo académico que desde siempre vino procurando.

Cada padre o madre que ha conocido y reconocido la significación de la Universidad, hace lo imposible porque su hijo egrese de sus aulas armado del conocimiento, pero también de la capacidad social que sólo el grado universitario puede brindar.

La condición de universitario se constituyó así en un valor de trascendental importancia lo cual, sin duda, ha sido comprendido por quienes han vivido, de alguna manera, la Universidad. Quizás, más por la cercanía o proximidad a ella que por otra razón. De cualquier forma, esa querencia se tradujo en parte de un comportamiento social por el cual se buscó favorecer la fragua universitaria en su condición de institución baluarte de la educación, la ciencia y la cultura.

Con el tiempo, la Universidad adquirió una especie de imantación cuya fuerza le permitió no sólo atraer personas dispuestas a entregarse al estudio sino también enamorar actitudes y aptitudes tanto como ilusiones y expectativas de quienes se atrevieran a cerrar filas en sus predios. Tal fue así, que ello devino en una condición espiritual que se irrigó desde Mérida hacia toda la región andina, primeramente.

Luego, se proyectó hacia todo el país alcanzándose de esa forma una comunión maravillosa entre la cultura social del venezolano, y especialmente del merideño, y la Universidad de Los Andes.

Después de haber tramontado por los avatares y desatinos que se han replicado en los pasillos universitarios, en razón de similares problemas nacionales que se han propagado ante los propósitos expuestos por los trazados del desarrollo, la Universidad de Los Andes no ha dejado de lado los ideales que enmarcaron su creación en 1810 cuando su acta de constitución declaró su apego a la libertad, la solidaridad y a los principios de justicia social. Dichos objetivos se hicieron piel, mente y corazón en cada uno de quienes vivieron y viven la Universidad.

COLOFÓN EN UN TIEMPO

Actualmente, la Universidad de Los Andes ha implantado una cultura propia afincada en valores que exaltan el sentido de la realidad, la dignidad, el optimismo, el entendimiento y la cooperación. Su dinámica funcional le lleva a divulgar esas razones como factores de desempeño institucional lo cual anima en el merideño una necesidad de pensar la Universidad como parte de su mundo. De ese merideño que se honra de saber –a consciencia– que la ciudad que le vio nacer, igualmente comparte su crecimiento y desarrollo con la Universidad de Los Andes. De ese merideño que en algún momento habría expresado: “Jamás podrás saborear con tanta avidez la vida, si acaso no has conocido las excepcionales bondades de la Universidad de Los Andes cuando de brindarle al merideño sus fuerzas se trata”

De Mérida podría decirse mucho. Pero de todo lo que de ella pudiera expresarse, una sola cosa pareciera anclarse en el tiempo para presentarse como la razón que mejor ha reforzado el significado de merideñidad. Y es la Universidad de Los Andes.

De hecho, no hay lugar donde no se reconozca o se desconozca que ciertamente es la institución que más le ha brindado a Mérida. En efecto, la Universidad le ha obsequiado a Mérida no sólo consciencia, valores y determinaciones a partir de las cuales la ciudad, tanto como la región, se ha crecido para bien de Venezuela. También, la Universidad de Los Andes ha sido prolífica cuando le ha deparado al país las capacidades intelectuales y profesionales de las cuales ha dependido parte importante de su desarrollo, progreso y crecimiento.

No hay día en que la ciudad deje de celebrar, de alguna manera, la presencia de su Universidad. Aun cuando acá también la regla tiene su excepción ya que sería inconcebible asentir lo primero en el plano de las emociones, las pasiones y las naturales rivalidades que, algunas veces, se tornan en factores de discordia o en causas de desencuentro. Pero aún así, el ritmo de la ciudad lo sigue marcando la funcionalidad universitaria puesto que la dinámica institucional se supedita siempre al carácter vehemente inducido por la gente que hace vida académica desde cualquier nivel o posición.

Indiscutiblemente, resulta contagiante vivir la ciudad en momentos de gloria estudiantil cuando importantes contingentes celebran su grado universitario. Definitivamente, Mérida aprendió a vibrar con la algarabía de las caravanas que se desplazan a lo largo y ancho de su geografía citadina, al son de estruendosas músicas que casi ponen a bailar a todos quienes la disfrutan desde algún punto o esquina de la ciudad. Concomitante con estas festividades universitarias, habrá que destacar las noches de fiestas que por momentos llegan a paralizar la ciudad en virtud de la afluencia de familiares que vienen a compartir el gozo académico que significa el término de los distintos procesos de formación profesional.

Más aún, Mérida vive momentos extraordinarios que sólo son el resultado de la presencia de la Universidad de Los Andes. Así, puede entonces aludirse a las numerosas reuniones, congresos,

jornadas, simposios, conversatorios y de toda expresión de acercamiento en función de la necesidad inminente de debatir importantes temas de todo orden científico, humanístico y tecnológico. La organización y animación de dichos eventos, naturalmente es pautaada como actividad de reiterado acercamiento desde los intramuros académicos para beneficio del conocimiento universal.

No hay duda del significado que tiene la Universidad de Los Andes para Mérida, fundamentalmente. La historia contemporánea lo demuestra y bien lo explica. Por tanto, así como dice la sentencia popular que “el sol no se puede tapar con un dedo”, igualmente la Universidad no se puede esconder en la valija de quien pretende relegar sus bondades. Por todos lados resuena el eco universitario, la resonancia de su vida marcada por el calor de una juventud que nunca envejece porque siempre sus aulas se hallan desbordantes de una muchachada fresca, rebelde y estudiosa.

Es evidente pues que Mérida es una ciudad que vive para su Universidad. Tanto que, por su resultado, se alienta una especie de simbiosis entre Mérida y su Universidad lo cual es fuente de múltiples comportamientos sociales que han venido reproduciéndose para entonces poner a los cuatro vientos la imagen y la idea de una ciudad universitaria o de una universidad con una ciudad por dentro.

De manera que, desde cualquier perspectiva, Mérida se confunde con la Universidad de Los Andes lo cual luce igual cuando se afirma que la Universidad de Los Andes se confunde con Mérida y en cuya relación se apuntala una cultura tan singular que sólo la experimenta quien vive la Universidad o quien vive la ciudad.

Antonio José Monagas. Prof. Titular-Activo Universidad de Los Andes. Maestría en Ciencias Políticas (ULA); Maestría en Planificación del Desarrollo (UCV); Doctorado Ciencias del Desarrollo (UCV); Especialización en Gerencia Pública (Instituto Venezolano de Planificación - CORDIPLAN); Diplomado Internacional en Avances Gerenciales en Administración Pública. Cátedras Libres Naciones Unidas. Diplomado en Derechos Humanos (ULA); Programa de Altos Estudios en Gobernabilidad y Gerencia Política (CAF-The George Washington University - UCAB. Autor de textos publicados por Fundación Polar-UCAB, USM, ULA, UCLA, CIV, Congreso de la República - Venezuela y CRESALC-UNESCO. Columnista regular de El Universal - Caracas, RunRun.es, Efecto Cocuyo.com, Analítica.com, Noticiero Digital, Comunicación Continua, Crítica.com, Diario Frontera y Memoria Educativa-Google Scholar

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- De la Cruz, Rafael (1998) Venezuela en busca de un nuevo Pacto Social. Alfadil/Trópicos, UCV. Caracas.
- Fundación Polar (1997) Diccionario de Historia de Venezuela. Tomo IV, Caracas.
- Mayz Vallenilla, Ernesto (1984) El Ocaso de las Universidades Monte Ávila Editores. Caracas.
- Revista de la Universidad del Zulia (1960) Año 3, N°11, Maracaibo. En: López Bohórquez, Alí Enrique (2011) La Fundación de la Universidad de Los Andes, 21 septiembre de 1810. Universidad de Los Andes. Mérida.